

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

*Este número
contiene*

UN ARTICULO DE
MANUEL ABRIL

UN CUENTO DE
LUIS ENRIQUE DELANO

UN REPORTAJE DE
EDUARDO BLANCO-AMOR

UNA CRONICA
DE SANCH A

UNA NOVELA CORTA
DE ROBERTO MOLINA

UN ARTICULO DE
FELIX DEL VALLE

20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

UNION RELOJERA SUIZA

TELEFONO 16949 MADRID APARTADO 12128



TIPO STANDARD 245 Pts.



ACERO
INOXIDABLE

Precisión

Fortaleza

Elegancia

CUALIDADES INDISPENSABLES
DEL DEPORTISTA

CUALIDADES INCOMPARABLES
DE LOS RELOJES

MOVADO

155 PRIMEROS
PREMIOS

MOVADO

REMITIMOS A PROVINCIAS CONTRA REEMBOLSO O TRANSFERENCIA BANCARIA

UNION RELOJERA SUIZA

TELEFONO 16.949 • MADRID • APARTADO 12.128



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

13 de Marzo de 1935

Núm. 12

Manuel Abril, continuando su serie de apreciaciones sobre arte que viene publicando en estas páginas, firma en la presente edición un artículo titulado GARGALLO EN MADRID.

¡ADIOS, ELKA! se titula el trabajo con que el cuentista chileno José Enrique Délano—uno de los más firmes valores de la nueva literatura de aquel país—inicia sus colaboraciones en CIUDAD. Ilustra esta colaboración nuestro dibujante Arteché.

UNA EXPOSICION DE PRENSA HISPANOAMERICANA EN MADRID. Reportaje al director de la Hemeroteca Municipal, D. Antonio Asenjo, por E. B. A.

LOS ANTEPASADOS se titula nuestra novela corta de este mes, que firma Roberto Molina, tan diestro en esta clase de creaciones literarias, igualmente ilustrada por Arteché.

PARA UNA INTERPRETACION LIRICA DE VALENCIA: LAS FALLAS es, como su titulo lo indica, un ensayo interpretativo de la bella ciudad levantina en sus típicas fiestas. Una magnífica lámina de Gori Muñoz decora adecuadamente el texto.

«TO BE OR NOT TO BE» titula Sancha, en inglés, para mayor claridad, su crónica de esta entrega, que ilustra con dibujos propios y con otros, muy interesantes, tanto por su perfección como por su valor de época, debidos al lápiz de su señor padre.

Nuestra página central la ocupa la soberbia ODA A SALAMANCA, de Don Miguel de Unamuno, que publicamos

como homenaje al maestro y a su dilecta ciudad. La ilustran unas magistrales fotografías del artista José Suárez.

Félix del Valle continúa su tanda de PSICOLOGIAS. Esta vez es la del gato, fina de humor y alegre de estilo, como las otras publicadas.

Aspectos de la ciudad, LA HORA DEL TE, titula Picó la deliciosa lámina con que inicia su colaboración en CIUDAD. Artista de factura fina y gran delicadeza en la composición, los dibujos de Picó han de obtener, sin duda alguna, la favorable acogida de nuestros lectores.

LA REGLA INSEGURA es un cuento de J. Arias Campoamor, que ilustra Santonja, en el que se describen, con pinelada cierta y humor de buena ley, escenas de ambiente provinciano, que sirven de marco a la anécdota argumental.

De nuestra Redacción en París, publicamos un DIALOGO DE LAS QUIMERAS, de Eduardo Avilés Ramírez, y una crónica de modas escrita por Madeleine Millet, cuyo titulo es HABLEMOS TAMBIEN DE LOS NIÑOS.

Un conjunto de POETAS NUEVOS representan la parte lírica en este número. Sus originales, honrosamente sacados de entre la nómina poética con que, han sido, nos abruman los líricos de toda la Península: tarea nada fácil, por cierto.

Completan esta edición nuestras Secciones habituales de Toros, Deportes, Cine, Caja de Sorpresas, etc.

LA SEMANA

LA profanación de las cenizas de don Ramón Pelayo ha puesto espanto en las criaturas más insensibles. Se dijo, en un principio, que se trataba de una provocación o de un golpe de efecto moral contra la burguesía en la persona de su producto más ilustre. No. Por muy desalmado que fuera un teorizante de las ideas antiburguesas, se hubiera detenido ante la tumba del prócer, tantas veces inclinado en vida sobre las miserias humanas. Se trata, según todos los signos, de un caso de pillaje vulgar, perpetrado por quincalleros que habían oído "que un marqués muy rico estaba enterrado en Valdecilla".

Este suceso macabro, que nos hizo enrojecer de indignación a todos los españoles, ha traído a primer plano la figura del Marqués. Acaso nadie ha hecho la suma total de los dones que este hombre extraordinario repartió en vida para obras de cultura y beneficencia. Yo puedo afirmar que pasan de los 30 millones de pesetas.

Quien llegara a la "Cabaña" con una petición justa y legítima jamás salía desairado. Tenía el vicio insigne de dar dinero. Mostremos cómo: Era por el año 1925. Y era un invierno crudo de la montaña. El marqués de Valdecilla me había hecho el honor de sentarme a su mesa. Llovía a torrentes, y todo el bosquecillo donde la "Cabaña" está enclavada lavaba sus ramas desnudas en el agua implacable de las nubes. Pepe Cabarga, el leal artesano en cuya amistad reposaba toda la confianza del Marqués, entró con una beatífica sonrisa y anduvo con muchos circunloquios para decirle una cosa al prócer. Habían llegado a la puerta de la "Cabaña", ateridos de frío y empapados, cuatro ciclistas. Venían desde Potes, a cien kilómetros de distancia. Habían salido de madrugada para pedirle al Marqués dinero con qué comprar un organillo. Pepe Cabarga esperaba, sin duda, una respuesta negativa. Don Ramón sonrió:

—Mira, Pepe Cabarga: ¿tú sabes lo que es tener un

organillo a los veinte años? Cuando le tengan, esos mozos no irán a la taberna ni le robarán la fruta al vecino. Toma.

Y sacó su talonario de cheques—aquél talonario que nunca duraba una semana—y extendió, con su mano firme, un talón por quinientas pesetas.

—Y ahora, Pepe Cabarga, pregúntales si han comido. Y si no han comido, dales de comer caliente.

Una de las preocupaciones elementales del Marqués era la de que la gente comiera. Pan y primeras letras. Con estas dos solas preocupaciones, este hombre había gastado en quince años 30 millones de pesetas.

Nadie que supiera quién fué en vida ha podido profanar sus cenizas.

EL acontecimiento madrileño de la semana ha sido la Exposición de Pablo Gargallo, el genial escultor aragonés, que ha muerto recientemente. Puede decirse que hace muchos años que Madrid no presencia un suceso artístico de tanto volumen. Gargallo, conocido y admirado por todo el mundo, con obras en todas las grandes colecciones del planeta, era apenas conocido de sus compatriotas. Es el caso de Picasso, de Manolo Hugué y de tantos otros. Ha tenido que venir la muerte a presentárnosle.

Gargallo, fuerte artesano del Pirineo, para quien los materiales más indomables eran pura cera, descubrió un día que el hierro podía ser también materia plástica para la escultura. Pero no el hierro fundido y blando, que se adapta al molde, sino el hierro frío, domado a golpes de mandarina, y a mordiscos de mordaza, y a rasponazos de lima, y a heridas de cortafríos. Gargallo consiguió prodigiosas creaciones con la nueva materia y la nueva técnica, y abre a la escultura, cercada por sus cuatro costados, un horizonte nuevo que no tiene fin.

Madrid, con esa intuitiva percepción de lo bello que tiene nuestro pueblo, ha rendido a la memoria del prodi-

gioso aragonés un tributo conmovedor. La gente, ante sus obras, se queda perpleja, sin saber realmente lo que ve. Sabe, eso sí, que contempla algo bellissimo.

DESDE que Don José María Gil Robles acometió tan valerosamente al Banco de España, podemos los demás adoptar una actitud de cierto descaro ante otras empresas igualmente privilegiadas por nadie sabe qué suerte de respetos inconcebibles.

Una de esas empresas es la Compañía de Tranvías de Madrid, el mejor contribuyente a la fealdad y a la incomodidad de la villa. En todas las grandes ciudades del mundo, esos ridículos cajones amarillos tienen una misión suburbana. Aquí, por un privilegio que tiene todos los aspectos de una burla, sirven para embotellar la circulación en plazas reducidas y en calles estrechas y para proporcionar al ciudadano un medio de transporte lento e irregular. Parece que el Ayuntamiento de Madrid requirió a la Compañía para que retirase de las calles céntricas sus armatostes, cada vez más anchos y más largos, dotados en verano de un apéndice arcaico que se llama "jardinera" como se podía llamar cualquier otra cosa. Y parece que la Compañía de Tranvías no ha sentido el menor deseo de obedecer al amo de la villa y, por el contrario, pretendió tender una vía nueva por la Carrera de San Jerónimo nada menos.

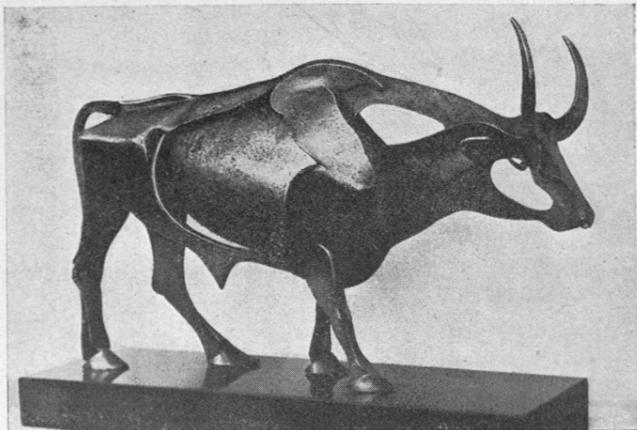
El firmante de estas líneas—absolutamente urbanas—ignora si la Compañía de Tranvías cumple, a cambio de las incomodidades que proporciona a la ciudad, una alta misión social. Tal vez paga a sus empleados con esplendor y a sus obreros con largueza. Quizá. Solamente a cambio de saber que era espléndida en los jornales y humanitaria en las jornadas y generosa en el régimen de retiros, soportaría Madrid sus desafueros.

Nos gustaría saber lo que opinaban sobre el caso los tranviarios.

Ya era hora. Después de recorrer el mundo entero; después de haber estado desde hace treinta años apareciendo el nombre de Gargallo por exposiciones del mundo, por las mejores revistas del mundo, por los libros que en el mundo historian el arte mejor de ahora; después de todo eso, por fin, llega a Madrid una exposición de Gargallo y obtiene un éxito grande—cosa que nos regocija—, sorprendiendo, además, a no pocos, fenómeno que a nosotros nos deja también sorprendidos.

Había gente allí, en la mañana del Miércoles de Ceniza, en la Sala del Museo de Arte Moderno, que parecía descubrir al escultor... Veíamos a los profesionales mostrándole a otro una figura, asintiendo con la cabeza, como diciendo: "Está bien, ¿eh?... ¡Realmente!..."

No es posible, señores, no es posible que sigamos en este paletismo. Nos hemos reído en Madrid—o se han reído en Madrid; nosotros no hemos nunca incurrido en semejante falta de delicadeza—de los provincianos "isidros" que venían por primavera, boquiabiertos, a la capital de España. Les ha parecido siempre a nuestros paisanos que los "isidros" eran seres



Otra obra de Pablo Gargallo, ejecutada en 1950.

inferiores, porque todo les sorprendía y les cogía de nuevas: los tranvías, los teatros, los coches, los edificios... Error, y error tamaño; no hay por qué reírse tanto de un paleta que se asombra de ver que habla una máquina. El paleta se sorprende porque no sabe quién habla en el diafragma del gramófono; pero, en cambio, nosotros no sabemos lo que sí sabe el paleta: qué pájaro es el que habla en aquel canto lejano que nos llega del álamo del huerto, del olmo del ejido, y qué vegetal nos habla en aquellas hojas verdes que cubren el sembradío. Cada cual sabe sus cosas; cada cual ignora las suyas, y no hay por qué reírse demasiado. En vez de tanto reírse podían los madrileños haberse puesto a meditar y a preguntarse si no están ellos incurriendo en un isidrisimo peor que el de los llamados "isidros".

No es grave que un provinciano—por lo general campesino—ignore lo que ocurre en la ciudad; no es lo suyo; pero es grave que en una capital de una nación europea se ignore lo que en toda capital de nación europea de rango se acepta como norma de la vida y no se mantenga el ritmo de la civilización como se mantiene en las otras.

Ya sabemos que hay otro paletismo, que es el de aceptar lo de fuera como artículo de fe, con superstición xenófoba. Pero ese paletismo proviene precisamente de no vivir al día y al ritmo en que viven los otros. Los característicos timos de que han sido los "isidros" víctimas tradicionales y propicias pudieron hacer mella en los paletos precisamente por haber vivido siempre sin enterarse de nada, metidos en su larva lugareña. Los timos de la cultura europeísta—que los hay y en nosotros arraigaron—no produjeron sus víctimas por vivir nosotros al día, sino todo lo contrario, por vivir retraídos y echándonos de listos y de estar de vuelta de todo.

Opinar se puede opinar según un criterio u otro; pero no se puede opinar mientras no se vive al día y mientras están los demás cumpliendo con deberes que nosotros no cumplimos y que nos corresponden. Tenemos a la vista publicaciones de Bélgica, de Holanda, de Francia, de Inglaterra, de Alemania; en todas ellas se habla del "español" Gargallo. Se reproducen obras del "español" Gargallo... "Español" por aquí, España por allá... Repercutiendo en España y para España los honores suscitados por Gargallo. Y este hombre que así comenzó desde que tenía veinte años a conquistar para España motivos de encomio y honores ha tenido que morir, a los cincuenta y tres años, y ha tenido que estar el Museo civilizadamente dirigido para



Pablo Gargallo en su taller de París.

que viera Gargallo—"el otro Pablo", como se le ha llamado, recordando que Picasso es también Pablo—reunida su obra en Madrid, en la capital de esta España que, honrada por estos Pablos, ni del uno ni del otro se había ocupado jamás en lo que llevamos de siglo.

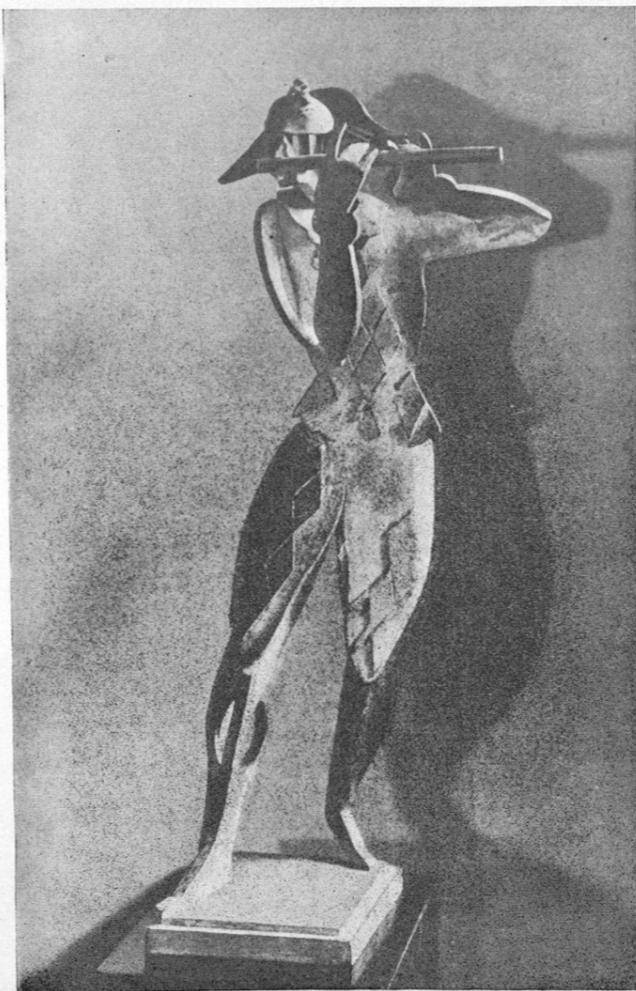
¿Y las obras de Gargallo? Las obras de Gargallo están ahí: claras, sentidas, sencillas, originales y bellas. De ellas hemos hablado en otra parte y de ellas hablaremos en CIUDAD; pero hay algo que en plena ciudad debe ser dicho a gritos y ante todo: que esta-

Arte y Vida
por

Manuel Abril

PABLO GARGALLO, EN MADRID

mos dejando a Europa que nos encumbre y festeje los valores que nacieron en España; que estamos siendo ante el mundo como la madre o el padre que abandonan a sus hijos por ahí, a la misericordia del ajeno, y luego, cuando el hijo se salvó, cuando el hijo se hizo célebre, se acuerdan los padres del hijo y re-



"Arlequín flautista". Pablo Gargallo, 1931.

claman como padres la participación en los elogios, cuando no en tal pensión o en tal herencia.

Ahora hablemos un poco de Gargallo.

¿Qué son estas esculturas del catalánaragonés Pablo Gargallo? ¿Qué son estas esculturas en las que recorta el metal o forja el hierro para construir un garabato que después resulta ser un Picador, Mare Chagall, un Profeta, Greta Garbo?

Técnicamente, Gargallo proviene de los rejeros, de los forjadores antiguos, de aquellos artesanos de otros tiempos—artesanía de oficio y artesanía de arte—que retorcián el hierro para con él formar grifos, hipocampos, hojarascas y floripondios. Estética, retóricamente, pertenece Pablo Gargallo al gremio de los grandes metafóricos.

Las esculturas singulares en metal son metáforas en hierro, en cobre, en bronce. La metáfora plástica, lectores, no es otra cosa que la personificación del garabato: la comprende el himeneo, el desposorio del arabesco y la idea. Una rúbrica es un trazo; pero puede ser un látigo. Si la rúbrica es un látigo, es que el trazo se ha hecho metáfora. El 2 es un garabato; el 22, una cifra; pero el 22, para el pueblo—intuitivo y



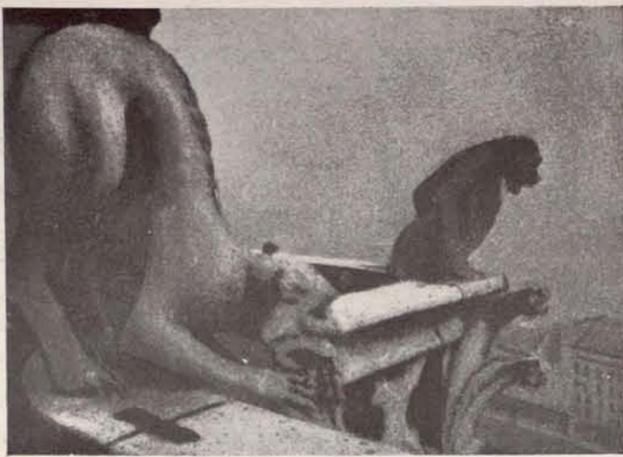
"Urano", bronce de Pablo Gargallo.

artista, por tanto, y, por consiguiente, metafórico—, es también "los dos patitos". Cuando los doses se alinean y bogan como patos, como cisnes, por las aguas fabulosas de la fantasía popular, es que el trazo encorvado en forma de "ese" quedó por obra del arte convertido en expresión poética: metafórica.

Es una cifra, es un guarismo; al trazo se le añade propiamente, cuando pasa a ser un dos, un sentido segundo, pero éste no metafórico; cuando el pueblo le llama al 22 "los dos patitos", añade al nuevo garabato una metáfora. La ondulación de la línea, que comenzó por ser línea y simple ondulación, simple cadencia, se ha convertido en alusión e insinuación; ha nacido a nueva vida... El 2 será ya otra cosa; será un 2, además de ser un 2, será un patito; y el patito, además de ser patito, será un 2. El mundo se ha enriquecido con el apareamiento fecundo. Alguien, no sabemos quién—francés, sí, desde luego—, ha podido decir de los cisnes que son "la inteligencia de la línea". Inteligencia en francés, para un francés, tiene un sentido sensible y no solamente abstracto. La inteligencia es el don de una mente sensitiva. Cuando el cisne no es cisne solamente, sino que, además, es línea, y esa línea es, además, inteligencia, es que se ha realizado otra vez el desposorio antedicho: la idea y el arabesco se han unido. La inteligencia y el trazo han formado la unión indisoluble. La línea es inteligente y la inteligencia, además, también encarna en línea.

Así, el forjador Gargallo retuerce hierros, aloba cobres y caracolea líneas a capricho, con juego de fantasía; pero añade a la curva la metáfora; convierte la línea en esquema, en cifra del personaje y reduce a su más mínima expresión—a su expresión reconcentrada, por lo tanto—, lo que así resulta después Picador, Violonchelista, Greta Garbo, Apóstol, Saturno...

En otras obras, Gargallo, en vez de ofrecer la esquemática cifra del tipo, recubre de carne y hueso, cuando trabaja en el barro o en el yeso, lo que sólo se queda reducido a sinopsis lineal cuando trabaja metales. Entonces el aspecto de las obras carece de originalidad aparente; pero la originalidad va por dentro. Sobre todo en ciertas obritas—pequeñas de tamaño, grandes en fuerza expresiva—, como la "Segadora", el desnudo de mujer en barro rojo y las "Portadoras de cántaros", el arte se consigue con medios menos singulares, pero con la misma eficacia. En cambio, en otras figuras, como la mujer con el espejo, un hombre en escayola y algunas otras figuras, el autor no se expresa en su idioma propio y no dice absolutamente nada que tenga interés artístico ni aun interés escultórico.



SENSACIONES PARISIENSES

El discurso de las quimeras

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

de filosofía demoníaca. Otros rien; otros amenazan; otros observan; otros sueñan; otros gesticulan; otros espían los movimientos de los hombres, abajo.

La ciudad se ha transformado. Ha nacido la luz eléctrica, el automóvil, el tranvía, la radio. Las calles son ya pistas blancas de cemento armado o pistas negras de alqui-



trán. El traje de los parisienses no es el mismo de los parisienses del siglo XIII, en que ellas nacieron. Pero las quimeras siguen guardando la Catedral inmutablemente, con pasión y testarudez graníticas.

¿Lo que dicen las quimeras? Tengamos por un momento oídos sutiles para oír, como pedía Jesús. Las quimeras de Notre-Dame predicán algo que se parece a la filosofía de la Historia. Testas coronadas, revoluciones, procesiones, hambres gregarias, carnavales, cabezas cortadas, asedios exteriores, claudicaciones interiores, noches de pánico, días de triunfo: todo se sucede en la memoria de las quimeras. Es la historia formidable de un pueblo lo que dicen sus discursos sin voz. Es una canción de gesta, retumbante y magnífica, llena de altibajos dramáticos. Las quimeras vieron desfilar, abajo, los personajes más diversos. Contemplaron la Corte de los Milagros y la gorguera almidonada de los Valois. Vieron el entierro de los últimos Capetos y el matrimonio del hugonote Enrique IV. Asistieron, desde sus sitials inaccesibles, a la rebelión de los miserables y al triunfo de los poderosos; a la consagración de los Orleans y a la comedia de los Luises. Parapetadas en lo más alto de las torres, como los vigías en lo más elevado de los barcos de vela, las quimeras asistieron, impasibles, a la tragedia de la "place de la Grève" y al advenimiento glorioso de la República. Víctor Hugo subió hasta ellas, un día de 1831, a fin de contemplar la gran ciudad histórica, capital intelectual de los bárbaros de Occidente, y describir su paisaje montañoso y complejo, amasado con lágrimas y con júbilos, con idilios y con rugidos

Como los vigías en lo más elevado de los barcos de vela. Porque, en efecto, la isla de la Cité es un barco. La proa remonta incansablemente el Sena. Un día romperá las amarras de los puentes que la retienen, y se irá, tesoro vagabundo, quién sabe hasta dónde. Se irá con su Catedral y sus quimeras. Será un barco fantasma más. Un barco trabajado con materiales del Medievo, cargado de tesoros, enriquecido de filosofía, pesado de símbolos, bruñido de poesía épica, poblado de fantasmas y de héroes antiguos, con la cruz de Cristo en el árbol mayor.

Mientras tanto, las quimeras de Nuestra Señora siguen haciendo de centinelas. Ellas conocen la ciencia sutil de la radio, reciben todos los mensajes, escuchan todos los despachos cifrados y ven, con ojos radiográficos, las imágenes que transmiten el beligrama y la televisión. En la noche, la torre Eiffel, como una peripatética rastacuera, nacida ayer solamente, endiamantada de luces artificiales y estirada como millonaria americana, hace el reclamo de una marca de automóviles. "¡Citroën!", grita cada diez minutos. "¡Seis ci-



lindros!"... Las quimeras no se toman ni siquiera la molestia de sonreír; pero yo sé—ellas me lo han dicho!—que desde el fondo de su espiritualidad medieval, desprecian esa torre, demasiado altanera para ser sensata, demasiado gritona para ser poética, demasiado jactanciosa para engendrar estados de alma eternos.

Un día subió hasta ellas un poeta de América. Tenía manos de marqués y nariz de indio nagrandano. Su alma era una rara mezcla de viejos palenques y de trianones dieciochescos. Reclamaba para sí la gesta de los caupolicanes ("anduvo, anduvo, anduvo...") y bebía los filtros artificiales de Verlaine.

—Vengo—les dijo, sin siquiera desplegar los labios—, a traeros un mensaje de las águilas y de los cóndores, vuestros hermanos. Las águilas reinan en la parte Norte de mi gran patria y se posan en los cactus con una serpiente en el pico. Los cóndores, que reinan en el Sur, guardan la tradición de la raza autóctona y vigilan los desfiladeros abruptos de la cordillera, como símbolos teogónicos. Las águilas y los cóndores son las quimeras americanas...

Las quimeras de Nuestra Señora—lo contaba el mismo



Rubén Darío, o, si no lo contó, debió haberlo contado—le respondieron, con su lengua silenciosa:

—¡Ojalá aquellas águilas y aquellos cóndores sean más activos que nosotras! La sangre de una quimera debe ser cálida e inflamable. Nosotras guardamos una religión que no es nuestra, mientras que las quimeras vivas de América guardan la religión activa de la patria, que es la suya. Ve y diles que nosotras retornamos su mensaje lírico y que las envidiamos, porque el combate suyo es material y el combate nuestro es apenas simbólico y decorativo. Nuestra filosofía está hecha de silencio y quietud, mientras que la batalla de nuestras hermanas de América es más hecho material que ficción poética, más cristalización que lirismo, más áspera verdad que grito literario...

(Y ése fué el discurso de las quimeras.)

París, 1935.



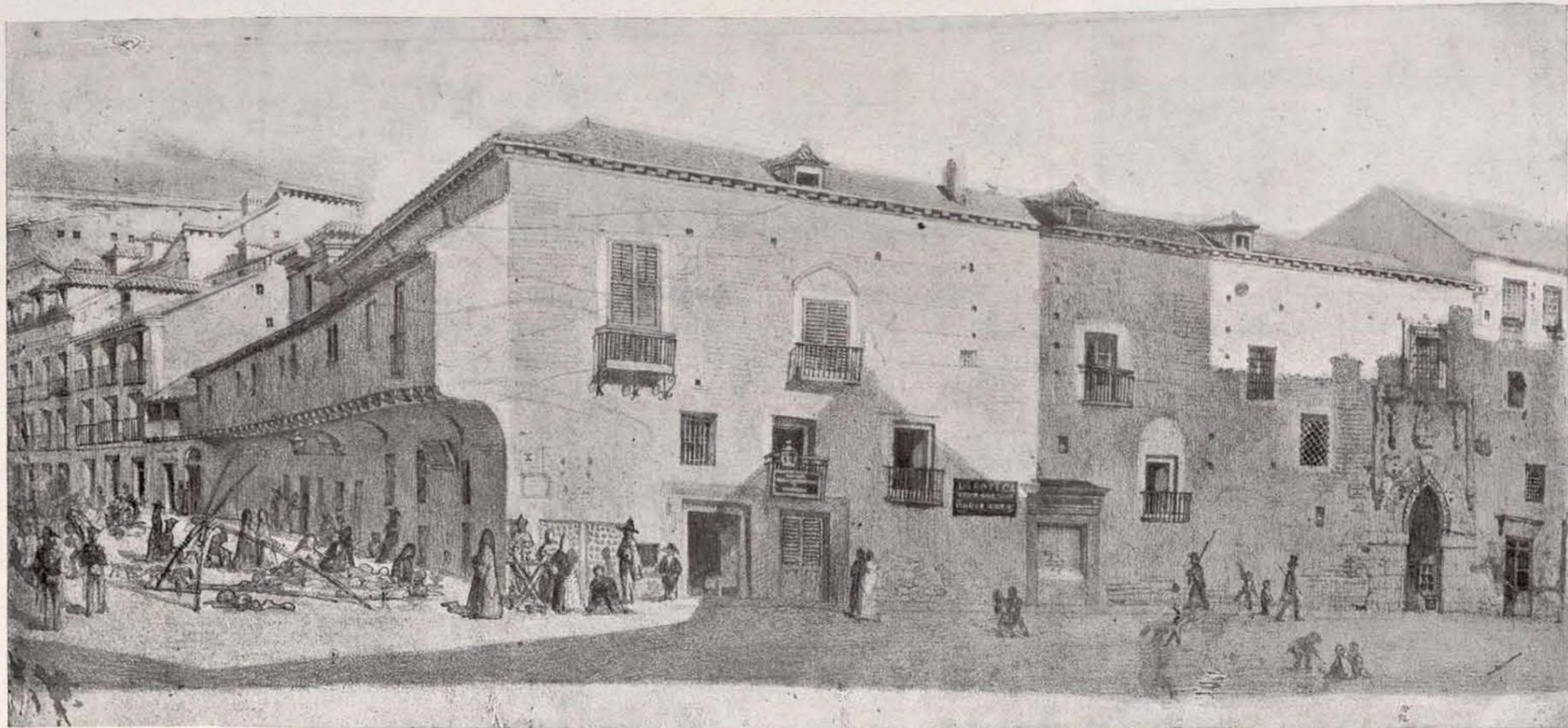
la Catedral de los monstruos que pudieran asaltarla. ¡El espíritu se defendía con armas prohibidas! Se empleaban seres fatídicos para guardar de los seres fatídicos el tesoro de la Catedral. Redundancias monstruosas y cristalinas, nacidas del *moyen-âge énorme et délicat*, para decirlo con Verlaine.

Yo he subido cien veces a las torres de Notre-Dame. El espíritu de Claudio Frollo, el Arcediano, me acompañó en la evocación minuciosa y silenciosa. Personajes novelescos y personajes históricos—unos, de sueño; los otros, de carne y hueso—se reúnen allí, desde el *Angelus* que bendice las primeras sombras hasta el *Angelus* que recibe las primeras claridades. Junto a Quasimodo deambula Felipe el Bello. Las quimeras, inmóviles, hacen guardia y dicen un largo discurso. ¿Qué dicen en su lengua muda las quimeras? Hay monstruos pensativos que abren al aire libre un curso



"To be or not to be: that is the question"

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCHA



Apunte del Hospital de La Latina, a que se refiere Sancha.

A la plaza de San Francisco, de Málaga, han venido a vivir nuevos vecinos. «Es una familia de Madrid», se decía entre los antiguos inquilinos de la plaza.

¡No ocurrían tantas cosas en la soleada plaza de San Francisco para que este acontecimiento no fuera algo trascendental! Todos los vecinos vieron llegar los muebles de los fo-

lo sabe el cronista espontáneo de esta historia, doña Dolores contestó a doña Rosario con su tarjeta y la de su hijo correspondiendo a las amabilidades recibidas, y ya, sin más preámbulos, doña Rosario se decidió a visitar a sus nuevos vecinos madrileños.

El salir de casa doña Rosario para una visita de cumplido no era una sencilla labor, porque doña Rosario no salía a la calle más que los domingos y fiestas de guardar, pero eso lo hacía siempre de trapillo y muy de mañana. Pero la visita a doña Dolores adquirió todos los caracteres de un acontecimiento. Desde muy temprano, en la mañana del mismo día, estuvo doña Rosario trajinando por toda la casa; se lavaron mitones, se sacaron joyas de la cómoda, que a pesar de estar todas en sus cajas y envueltas en papel de seda les quitó el polvo minuciosamente con una piel de ante. Se abrieron varias veces los cajones de la cómoda de su cuarto y un olor a carambuco embalsamó todo el ambiente de la habitación. La cómoda de doña Rosario, aparte de lo que encerraba en sus cajones, a los que nunca tuvo acceso la curiosidad de su nieto, pues el orden de doña Rosario no lo permitía, tenía encima, a la vista de todos, muchas cosas notables. Había un San Antonio, con una vara de azucena en una mano, y en la otra, sentado en la palma, en una postura bastante incómoda por cierto, al Niño Jesús, que estaba sentado precisamente encima de un pinchito que le salía de la palma de la

mano al santo bendito. Estaban vestidos con ropas de verdad y cada uno tenía un nimbo de plata, que también se ajustaba a las respectivas nuca con un trozo de alambre.

Cubría el grupo una urna de cristal.

Había también sobre la cómoda, en un pequeño trípode, un retrato del Papa que en la época de doña Rosario regía al orbe católico: era Pío IX, y no era fácil descubrirlo porque el retrato estaba hecho por el procedimiento de Daguerrotipo. Dos floreros de cristal, con flores artificiales, completaban el adorno de la cómoda de doña Rosario. Había por encima de la cómoda, en la pared, un espejo ovalado y mirándose en él doña Rosario se puso la mantilla para ir a visitar a doña Dolores.

Era doña Dolores de una ilustración nada común, con una gran pasión por la música. Su marido había pertenecido al Cuerpo de Archiveros bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, y en su familia había habido editores y literatos. Del apellido de su marido hemos encontrado unos pergaminos: una certificación. Despacho de Armas librado a nombre de su marido por el Rey de Armas de S. M. (Q. D. G.) Doña Isabel II en el año 1853, en donde se explica el origen del muy esclarecido linaje (así dice el documento) del noble apellido de su marido, que tuvo su primitivo origen en los Caballeros Godos. Pero no debía dar su hijo mucha importancia a estas cosas, cuando de esos pergaminos, tuvo por la primera vez noti-



rasteros, y las criadas salieron hasta la mismísima calle a presenciarlo; los señores, más prudentes, lo observaron todo por entre las persianas.

Son de Madrid; ella es una señora viuda. Todo lo habían averiguado ya las criadas de la vecindad.

La casa que habían tomado estaba en la acera donde se estacionaba la parada de coches; y, claro, lo que no habían averiguado las criadas por su cuenta lo habían sabido los cocheros, y éstos lo contaban a las criadas. Tenía un solo hijo, que vino a vivir con ella; un hijo con carrera: era Ingeniero de Caminos; esto lo había averiguado el cartero, que se lo contó a uno de los cocheros de la parada, y se supo enseguida en toda la vecindad; doña Rosario, que ni era chismosa ni se metía en nada de lo que pasaba en la plaza de San Francisco, no tuvo más remedio que enterarse, y con toda la buena acogida que en Málaga se dispensa a los forasteros, envió su tarjeta, con la de su marido, a los recién llegados, y la suya respaldada (esto tiene mucha importancia en una tarjeta): en ella se ofrecía incondicionalmente.

Doña Dolores, que así se llamaba la madre del Ingeniero, que aún no lo habían sabido los cocheros de punto, pero que



cia de ellos el cronista de esta historia en ese desbarajuste de cosas que salen en una mudanza.

Doña Rosario no poseía la cultura de doña Dolores, pero sí un gran talento natural y una bondad tan grande, que cautivaba.

Así lo comprendió doña Dolores, y desde el día de su primera visita quedaron amigas para siempre. Doña Dolores habló, desde luego, de música en su primer encuentro con doña Rosario, pero doña Rosario, de música, no abarcaban sus conocimientos más que a la «Cachucha», que había oído de soltera en Cádiz, y alguna vez le había oído tararear a su nieto aquello de: «El alaboso Murat, engañó al pueblo inocente.»

A Málaga iba a ir una Compañía de ópera y el tenor era nada menos que Tamberlick. Doña Dolores propuso a doña Rosario el abonarse juntas, pero doña Rosario no se decidió y propuso que se abonase su hija con doña Dolores y su hijo, el Ingeniero de Caminos.

El Ingeniero, hijo de doña Dolores, debió terminar la carrera hacia el año 1868. Y, además de la pasión por las matemáticas, tenía la del dibujo, y como muestra de ellos hecho dentro del tipo que en la Escuela se exigía, publicamos uno de ellos: tiene el gran interés de ser hecho del natural con gran sinceridad, de monumentos que ya no existen en Madrid, como es el Hospital de la Latina y la Casa de Cisneros; el dibujo que publicamos es anterior a la restauración.

Llegó el día de la inauguración de la ópera en Málaga, y ocupando tres butacas estaban de tiros largos: doña Dolores, la hija de doña Rosario y el Ingeniero de Caminos.

No tiene el cronista de esta verídica historia datos concretos de la impresión que al Ingeniero pudo hacer desde el pri-



mer momento la hija de doña Rosario, pero sí de las consecuencias posteriores, de las que se reserva el derecho de juzgarlas, y tal vez, a ser sinceros, hubiera preferido que la gripe o el dengue, como se llamó por entonces, hubiese atacado a Tamberlick y el abono hubiese tenido que suspenderse,

porque las consecuencias fueron fatales. Conserva el cronista en sus recuerdos unas aleyunas del Ingeniero: en la que dice así:

*Resulta que se ha abonado
la hija de Curro, a su lado.*

Curro, claro, es nuestro Frasquito, cazador de perdices, y otra segunda:

*Y para que ella lo vea
se distrae y coquetea.*

Y Tamberlick, cantando aquello de:

—Matre infelice, coro a salvarte...

tan ajeno a lo que estaba ocurriendo en el patio de butacas, pues qué cosas no debieron ocurrir cuando hay otra tercera aleyuna que dice:

*Aquí llega la ocasión
de que se corra el telón.*

Porque, claro, el Ingeniero y la hija de doña Dolores se casaron, y lo que el telón de la aleyuna iba a cubrir era la cama nupcial, y al año de esta boda un periódico local daba la siguiente noticia de sociedad:

«La esposa de nuestro querido amigo el ilustre Ingeniero de Caminos, Don S. M. de S., ha dado a luz con toda felicidad un hermoso niño.»

¡Pajolero niño!... El niño creció, claro, estaba hecho un hombrecito, y como había visto dibujar a su abuelo, pintar a su tío y dibujar y proyectar a su padre, los chicos, ya se sabe, lo que ven en casa, no aprenden nada bueno..., salió dibujante.

CON EL MEDICO

Cómo han de rezar los niños

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

La ingratitud del mundo y el concepto que de nosotros formen los demás nunca podrán privarnos de la íntima felicidad a que tenemos derecho, si hemos obrado con arreglo a los principios que la higiene aconseja en bien de la Humanidad.

GOLDSMITH.

Rezar significa para el niño algo más que rendir culto a la religión cristiana. No hay nada más preciso ni más precioso en su educación moral e intelectual que esas oraciones que aprenden de labios de su madre entre besos y palabras de acendrado cariño. Ellas arrojan la primera luz en su espíritu, grabándole la noción del bien, haciendo comprender lo abominable del pecado; hablan al alma en su propio lenguaje; buscan las más ocultas fibras sentimentales; tocan los más delicados resortes; sorprenden la voz misma del pensamiento en el fondo del corazón, dándole allí vida, lozanía e indefinible hermosura.

Esta sencilla gimnasia a que se somete la palabra y la inteligencia contribuye también al desarrollo y progreso de sus facultades intelectuales; la concepción de palabras para él nuevas, y el natural deseo de saber, que le lleva a inquirir constantemente su significado y concepto, hacen que, sabia e higiénicamente dirigido el rezo, una oración por sí sola baste para educar moralmente a un niño y preparar su cerebro para recibir la educación científica que después haya de dársele.

Al desarrollar el concepto de la oración y desenvolver una por una las palabras que lo constituyen, para analizar primero su absoluto significado y el de relación después, ¡cuántas cosas puede enseñar una madre a su hijo! A su antojo, podrá irle preparando para el continuo batallar de la vida, y mejor que de su cuerpo, si quiere, podrá disponer de su espíritu.

Es importante, es necesario que el niño rece; pero es indispensable también que el pequeño aprenda y sepa rezar, porque en su alma habrá ráfagas de luz, trombas de fuego y claridades serenas y celestiales, ya que en este soplo divino que nos alienta cabe el infierno con todos esos horrores que nos cuentan y el cielo con su azul, sus estrellas y sus serafines.

Pero no es sólo higiene espiritual y mística lo que el rezo necesita para que cumpla su verdadera misión: le es preciso, igualmente, higiene científica, tangible y práctica, que evite los males del cuerpo.

Insisto. El niño debe rezar, aprender a rezar; pero necesita saber rezar.

¿Dónde? ¿En qué momento? No olvidéis que es un médico quien escribe, atento sólo al punto patológico. Tenedlo presente en cada línea de estos destartados garrapatos, porque la respuesta a las interrogantes planteadas han de ser reflejo fiel y exacto de la íntima convicción de nuestras arraigadas creencias acerca del enorme valor de la higiene en todos los actos de la vida de un niño.

Ha de rezar en el ejemplo de sus mayores, en la santidad de un hogar honrado y en la práctica de las buenas costumbres; otra cosa es una lamentable equivocación, moral e higiénicamente considerada, y, desde

luego, por encima de todas las cosas, etiología de graves males y origen de funestas consecuencias.

Un niño de pocos años, en una iglesia, en esa fase de su desarrollo en que todo es receptibilidad y delicadeza; un niño bajo el peso enorme del aparato sorprendente del templo, me hace idéntico efecto—desde el foro médico y la mira higiénica que consideramos este interesante problema que esbozamos aquí—que un niño en el teatro. No apruebo ninguna de las dos cosas.

Me explicaré. Que no trato—¡nada más lejos de mi ánimo!—de herir susceptibilidades, ni menos penetrar en las ajenas convicciones, todas respetables. Nada de eso. Un médico escribe, y como tal, mueve la estilografía por las cuartillas.

No hablemos de la antihigiénica pila del bendito líquido, vehículo evidente de contagio, y donde introducen los dedos sanos y enfermos. Aquéllos, por cumplir un santo precepto; éstos, para unir al rito el deseo del restablecimiento o el alivio a los males que los médicos “no saben curar”.

Ya en el interior de la mansión sagrada, el niño ha de estar quieto, cohibido, porque todo aquel aparato de gente le sorprende; la variedad de luces caprichosamente colocadas y en oscilante movimiento le deslumbran; la atmósfera, densa, con efluvios de ardientes respiraciones; el intenso olor a cera; el aroma y humo del incienso; el murmullo de las oraciones, repetido por muchos en voz baja y temblorosa, formando un zumbido palpitante; el oro y la seda de las colgaduras; el misterioso roce de los vestidos; los fantásticos y rutilantes efectos de luz al atravesar las vidrieras de colores; la música, que se derrama desde el coro; los cánticos, que parecen salir alternativamente del fondo de la tierra o de las alturas celestes, le arrastran y fascinan por todos los sentidos, excitados a un mismo tiempo.

Y esta persistente hiperexcitabilidad a que se halla sometido el cerebro del niño, ¡de cuántas enfermedades puede ser causa!

Para ti, madre, están escritos estos renglones, con mi deseo, si llegas a leerlos, atiendas lo que, con la más cristiana intención, fe y médico convencimiento, dicta su destartada prosa.

No olvidemos que si las flores, al sólo contacto del aire, se doblan y marchitan, la vida de los niños, al igual que aquéllas, representa los sentimientos más íntimos, los que por proceder de la delicada sutileza de sus finas mallas vivirán ocultos entre los escondrijos de su frágil economía.

La plácida armonía, las ideas que inundan el alma con su encantadora ingenuidad y despiertan de manera insospechada pensamientos de comprensión y auténticas realidades, los vagos delirios y los recuerdos inefables constituyen el fisiologismo del niño en su desarrollo.

Tergiversar lo que es función natural de su desenvolvimiento, es buscar, a sabiendas del mal que hacemos, la desviación hacia la patológica sintomatología, y marchar, con seguridades de hallarlo, en pos del padecimiento que ha de sufrir el niño en su íntima constitución y en lo hondo de aquel equilibrio que integra el estado de salud, suprema aspiración de la Humanidad.

Y alrededor del cual debe girar la temporal existencia de la vida.

LA TELEVISION

¿Qué es la televisión para el gran público? ¿Es una ciencia, un arte o una industria? La televisión es, apenas, una invención, un experimento divertido de física. Todo el mundo está pendiente de ella, puesto que ya está a punto de funcionar, de revolucionar toda la industria del film, todas las conquistas del micrófono. La televisión va a empezar sus primeras distribuciones públicas y regulares de imágenes en Londres. Hace tres años que nos la están prometiendo, y los impacientes exigen que les sea dado admirar enseguida, desde su domicilio, los tenores empenachados de la ópera, el combate de Marcel Thil contra Pladner, las tipples del Music-Hall.

Otros se preguntan con angustia si la televisión va a traspasar las paredes y a divulgar «secretos de alcobas»... Cierzo que son ingleses los que piensan así, y es preciso recordar que las leyes inglesas sobre el atentado al pudor no se cohíben de escrupulo alguno sobre la hora y el lugar. Pero el ministro de Comunicaciones del Reino Unido ha tranquilizado personalmente a las gentes. La televisión no hará descender los cerrojos.

He aquí algunas líneas de explicación técnica, pueril y honrada:

Hace mucho tiempo que se habla de la televisión. Su primera conquista fué la transmisión de documentos gráficos (fotos de los criminales, de accidentes, de atentados, de cartas escritas). El belinógrafo, que funciona con entera satisfacción de los grandes diarios ilustrados y de los aficionados grafólogos es, sencillamente, una faceta de la televisión.

Sólo faltaba transmitir la imagen en movimiento. Era preciso que sobre la pantalla de nuestro televisor, como sobre la del cinema, se sucediesen en segundos un cierto número de imágenes completas. En la televisión cada imagen está compuesta de una serie de puntos transmitidos uno tras otro.

¿Cuál es el origen de ese punto?
Corresponde al diámetro del rayo luminoso, con el cual se explora el motivo que se ha de transmitir. Por lo tanto, cuanto más rápida sea esta exploración, tanto más densa, más extensa, más verídica será la imagen.

¿Cómo se obtiene esta rapidez indispensable, que con grandes equipos de buscadores ingleses, franceses, alemanes y americanos procuran acelerar?

Con el empleo de ondas cortas. Para transmitir música basta con modular la onda herziana 10.000 veces por segundo. Todos los agudos pasan.

¿Y la palabra?
Se conforma con una «frecuencia» de 5.000 períodos por segundo. En televisión se necesitan 150.000 a 300.000 períodos si se desea conseguir una imagen comparable a las de un buen film de aficionado. Entre siete y veinte metros se efectúan los solos experimentos legibles de televisión, sin neblinas, sin flous, sin imágenes porosas y granuladas.

¿Qué se precisa para poner en práctica la televisión?

Estaciones nuevas, un gran desembolso de capitales y un amplio movimiento de confianza oficial. Inglaterra ha dado el ejemplo. El Reino Unido invita a sus técnicos a llevarlo a cabo, reuniendo los millones necesarios, y hace quince días sir Kingsley Wood anunciaba oficialmente en la Cámara de los Comunes el advenimiento de la televisión. La British Broadcasting dispondrá de 15 millones. La estación se alzará el otoño próximo sobre el sitio más alto de los alrededores de Londres, pues es necesaria una cierta altitud. Los fabricantes están preparados. Receptores de televisión—cuya parte principal está constituida por el tubo de rayos catódicos—serán lanzados por el comercio desde el mes de octubre.

La B. B. C. prepara ya una lujosa organización de programas. Se invertirán otros 15 millones; la mitad serán aportados por la misma empresa, y la otra mitad por el tesoro británico. En los estudios se montarán operetas, «sketchs», revistas, intermedios de circo. Se proyectarán grandes films, que serán retransmitidos. Los teatros, los rings de White City, las reuniones pacíficas o tumultuosas de los señores Mac Donald y Lloyd George, los bailes de gala, etc., serán distribuidos a domicilio a los felices londinenses en una pequeña pantalla de veinte centímetros por quince.

¿Milagro? ¿Revolución? No. Sencillamente un esfuerzo de la inteligencia y de la tenacidad británicas. Se dice que la industria del cinema tiembla ante el acontecimiento del «telecinema», final lógico e inmediato de la televisión. Como si la radio hubiese matado al teatro y a la música y no sacase infinidad de recursos de ambos. La televisión no reemplazará a la pantalla, «ese teatro de la piel», como le definía Jean Epstein.



pero ello siempre que no dañara a la fidelidad arquitectónica, la cual ha de ser, ante todo, respetada.

¿Se ha pensado bien en las fiestas y solemnidades que, arreglada de tal suerte, podrían celebrarse en la Plaza Mayor? ¿Se le ha ocurrido a alguien imaginar lo bella que resultaría la fiesta infantil del "árbol de Navidad", construyendo uno enorme en el centro de la plaza, todo cargado de juguetes, farolillos encendidos, etc., y al pie, sobre una plataforma circular, un par de centenares de chiquillos, bien enseñados y ensayados, cantando villancicos, mientras en los balcones de todo el alrededor y en la plaza quince o veinte mil niños fijan su mirada ansiosa en el árbol y se extasían con la cantata? Pues éste es un botón de muestra, ya que fiesta tal sólo podría celebrarse con éxito en tal plaza. Y así de otras muchas, entre las cuales habrían de tener su marco apropiado las fiestas folklóricas, las representaciones teatrales clásicas al aire libre, etc. Nada de esto, que haría de nuestra gran Plaza Mayor un lugar único en el mundo entero, podría lograrse si en ella continuaran existiendo las fuentes, nada interesantes, que hoy tiene, se plantaran los jardines que algunos propugnan, siguiera en su sitio la estatua ecuestre y se permitiera la circulación de cualquiera clase de vehículos.

No es la reforma en sí lo que más puede interesar, sino tal reforma en función de la finalidad que se haya de perseguir al llevarla a cabo. Y la finalidad que aquí se expone no admite superación..., mientras no se demuestre lo contrario.

Queda por resolver la parte puramente técnica de la circulación, desviada de la plaza, y que ha de encontrar nuevo cauce forzoso por calles adyacentes.

El resto de la plaza—sus comercios, su iluminación, etcétera—habrían de sufrir una transformación radical. Todos los comercios hoy existentes y de baja categoría habrían de desaparecer. Sólo podrían establecerse tiendas de antigüedades, librerías de lujo y estampas, tiendas de cuadros y obras de arte, salones de té y restaurantes de cocina netamente española.

LA PLAZA MAYOR

Por MARIANO DE ALARCON

A D. Rafael Salazar Alonso, alcalde de Madrid

Algunos diarios madrileños han publicado artículos de distinguidos técnicos de la arquitectura sobre la necesidad de la reforma de la hermosa Plaza Mayor y la manera de llevarla a cabo.

Ninguno de los que han opinado sobre el asunto ha presentado una solución definitiva del problema, ya que lo más importante de éste no es el cómo ni el porqué de la reforma, sino el para qué de la misma.

La primera consideración que se viene a la mente es la de que la Plaza Mayor es una pieza única en el mundo, si así puede decirse, por su amplitud, señorilidad, justeza de proporciones, sobriedad de líneas, todo lo cual exige, como es lógico, conservarla con el máximo respeto a su carácter, adaptándola, no obstante, a las necesidades de la vida moderna.

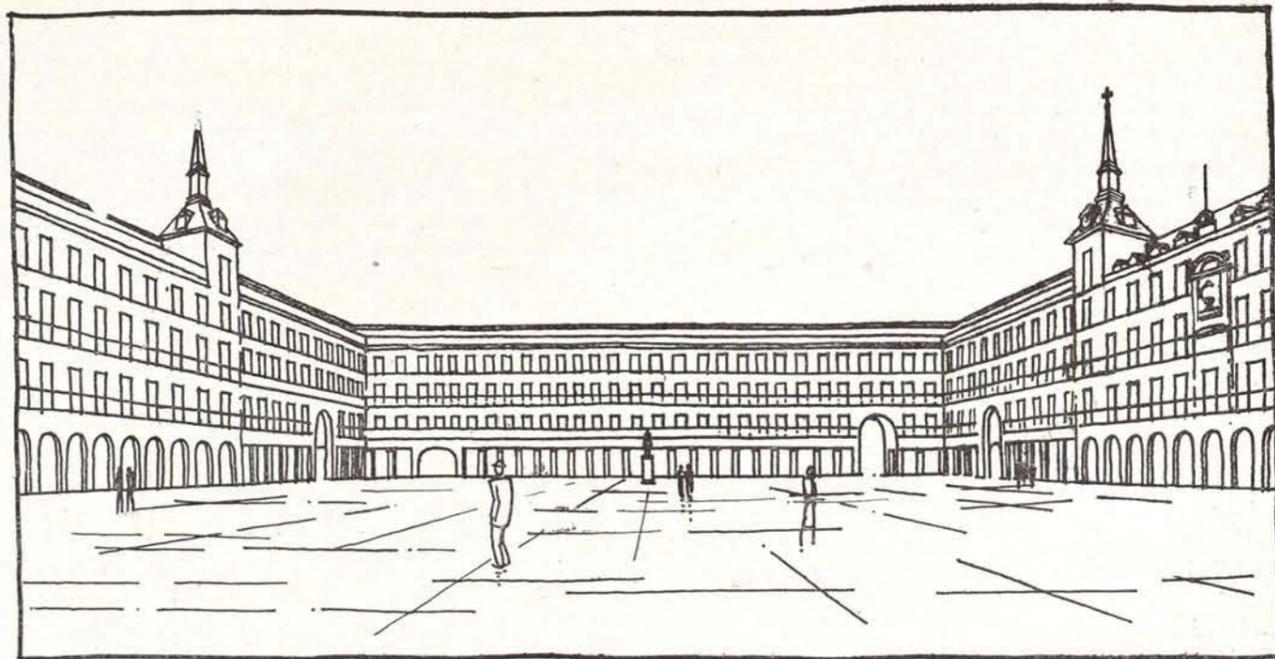
Tal adaptación obliga a suprimir en absoluto toda circulación que no sea puramente humana, de peatones. La plaza no será la joya arquitectónica que está llamada a ser mientras no se pongan de realce sus valores, y esto no cabe lograrlo más que librándola de una vez para siempre de toda circulación rodada, lo mismo de vehículos de tracción animal que de tracción mecánica. La Plaza Mayor ha de ser, en este respecto, como la de San Marcos, de Venecia, sólo para disfrute—usando este vocablo en todo su valor—de las personas, sin artefacto alguno que les corte el paso ni pueda atentar contra el placer de deambular o vagar sin entorpecimientos.

Y si ha de ser así, parece necesario convertirla en un verdadero salón, si bien público y abierto. Para lo cual obligadas han de ser la reforma de su piso, la supresión de su arbolado—todo el arbolado—y la remo-

ción a otro lugar de la misma plaza de la estatua ecuestre que actualmente ocupa su centro.

De acuerdo por completo con la propuesta de cubrir el suelo de la plaza con grandes losas de granito.

Los jardines, las fuentes y todos los árboles deben ser suprimidos, así como la verja que rodea y encierra al monumento artístico. La estatua debe ser trasladada hacia atrás, en su mismo eje y colocación, hasta que el borde posterior de su basamento se halle a unos diez metros de la línea de pilastras. De tal suerte la plaza



quedaría libre casi por completo, ofreciendo una superficie única, no interrumpida por monumento alguno y pudiendo servir para celebración de solemnidades, fiestas artísticas y populares, etc.

Las aceras deben desaparecer, no dejando más que el bordillo, que formaría el único realce sobre el piso uniforme de la plaza, rasante con la línea de pilastras.

Debe ser uniformada rigurosamente la parte alta de las casas, con lo cual la línea total del edificio—ya que podemos considerar todo lo construido como un solo edificio—ganaría extraordinariamente. Y se debiera, de forma que no atentase a la fidelidad arquitectónica, hacer en los tejados como un balcón corrido en toda la plaza, interrumpido sólo por los cuerpos de edificio contenidos entre las torres. Ello permitiría que en las fiestas en la plaza celebradas, las numerosas personas asomadas a los tejados y apoyadas en su balcón la diesen singular animación. Con sólo un metro de piso llano junto a la baranda, lo cual sería imperceptible desde la plaza, podría conseguirse tan feliz resultado;

Los cafés llenarían de mesas y sillas grandes fajas de la plaza, y el resto del espacio, como en la de San Marcos, ya citada, que debe servir de modelo a ésta, para paseo.

Plaza única, magno lugar de recreo espiritual, de refinamiento, de señorío, es lo que, con lo aquí expuesto, podría ser la plaza Mayor de Madrid.

¡Ojalá puedan nuestros ojos así verla!

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. **6**

CUBIERTO SELECTO

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

¡ADIÓS, ELKA!

Por LUIS ENRIQUE DÉLANO
UNA FIRMA CHILENA

DIBUJO DE ARTECHE

—Con esto—pensó Rafael—tengo suficiente para hacerle una escena. ¿Por qué se me ocultan a mí estas cosas?

Cogió de nuevo el recorte de periódico y las cartas. Ya conocía muy bien, demasiado bien, su contenido. Gracias a su lectura, la vida de Elka adquiriría para él un verdadero significado. Ella tenía relaciones con un delincuente.

—¿Por qué, pero por qué me lo ha ocultado tan cuidadosamente?—se preguntó Rafael con un poco de despecho. ¿Acaso no tiene confianza en mí? ¿No le he demostrado verdadera amistad?

No pudo, tan abstraído como estaba, sentir un rumor de pasos que venía de fuera. Cuando la puerta se abrió bruscamente, aquellos papeles se agitaron en sus manos como palomas ávidas de volar, y una suerte de rubor coloreó su rostro curtido.

Elka, que era la recién llegada, se precipitó para arrebatarse los papeles. Pero una rápida mirada sobre su amigo la convenció de que aquel movimiento era absurdo, tan inútil como el coletazo de un pez que ha mordido el anzuelo cruel. ¿Para qué?

—¡De modo que hasta mis papeles privados se me pueden registrar!—gritó con voz alta. ¿Te crees que entrometerte? Después de esto hemos terminado, Rafael. ¡Márchate! Si quieres explicarte—agregó—, hazlo pronto. ¡Pero debes saber que desde ahora todo ha terminado entre nosotros!

—¿Explicarme?—dijo Rafael tristemente—. No tengo nada que explicar, y me marcharé, como deseas. Yo también quiero irme, después de esto.

—¿Pero quieres decirme qué es “esto”, por favor?—preguntó Elka con voz exaltada—. ¡Cualquiera pensaría que soy culpable de un crimen! ¿Qué quieres decir?

—Nada. Tú sabes... Estás en relaciones con un ladrón... Bueno, con un presidiario. Me parece que eres tú quien debe explicarse.

—¿Yo? Es gracioso...

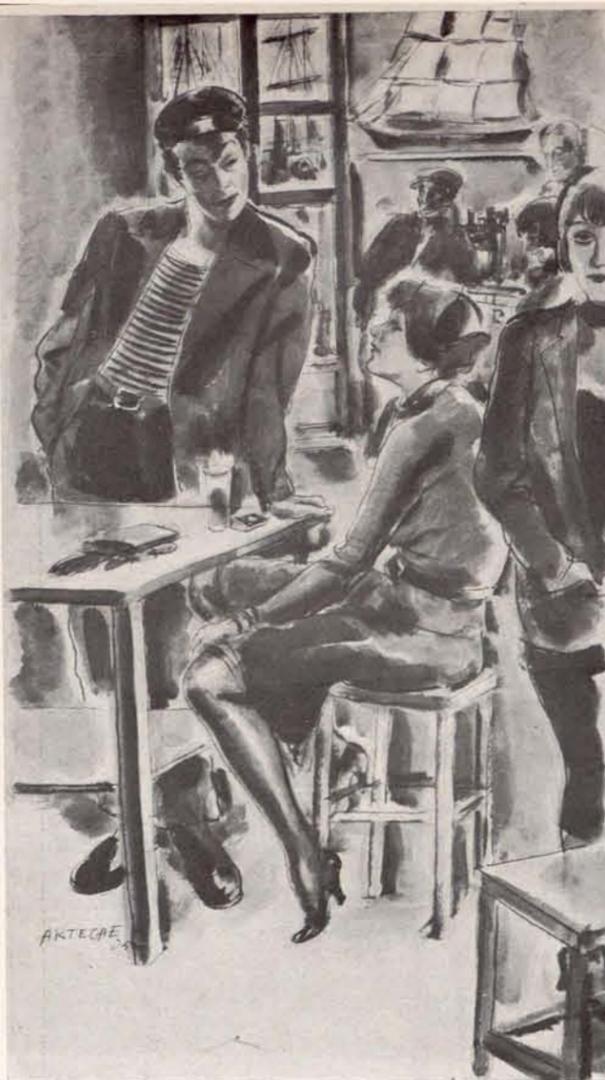
Elka se había calmado, con algo de fatiga. Ya no brillaba en sus ojos alargados, mongolizados por el lápiz, esa expresión dura y decidida de los primeros momentos. Su boca había recuperado la dirección normal en su rostro puro.

—¿Yo explicarme? Pero, dime, Rafael, ¿me pediste esas explicaciones cuando nos encontramos por la primera vez? ¿Te preocupaste entonces de averiguar si era yo una mujer decente o una aventurera? Claro, aquella noche tenías hambre y frío, y una mujer te ofrecía su mesa y su lecho. ¿Qué más? Nos vamos con la mujer. No sabemos siquiera su nombre, pero nos está protegiendo. Claro, ahora ha pasado el invierno, llega la época en que los marinos encuentran contrata y nuestro corazón está contento. ¡Vamos entonces haciendo recriminaciones! ¿Que de dónde vienen? ¿Que cuáles son tus relaciones? ¡Cómo cambian los tiempos! ¿Verdad, amigo mío?

—Sí—dijo Rafael con amargura—. Cambian los tiempos. Pero tú me has juzgado en forma equivocada...

—¿Cómo! ¿No he dicho la verdad, acaso? ¿He exagerado? Hace cuatro meses nos conocimos, Rafael. Recuerdo perfectamente. Hacia el lado de la bahía soplaban un viento feroz. La lluvia golpeaba las mamparas del “Cielo Azul”, el café en que me encontraba esa noche. ¿Necesitaba yo de tí? No, ¿verdad? Yo bebía tranquilamente mi “whisky” caliente cuando tú entraste. Para que veas que la memoria no me falla, te diré que estabas calado hasta los huesos. Chorreaba el agua de tu gorra. Te sentaste a una mesa, y cuando se acercó el muchacho a preguntarte qué beberías, sacaste dos monedas del bolsillo y pediste cerveza. Yo te estaba mirando, y te juro que leía claramente en tu expresión tu monólogo interior de aquel instante: “¡Diablo! Con el frío que hace bebería de buenas ganas algo caliente. Pero no tengo sino unos céntimos. ¡Qué desgracia!”

¿Recuerdas lo que ocurrió después, Rafael? No creo que lo hayas olvidado. Pero, en todo caso, yo podría refrescarte la memoria. Te hice señas de que fueras a mi mesa, te invité a tres o cuatro “whiskys” calientes y puse a secar tu gorra junto a la estufa del “Cielo Azul” ¿Es cierto o no?



Sentado en una silla baja, junto al mueble cuyo cajón abierto conservaba todavía las huellas de la investigación, Rafael asentía con la cabeza, suavemente.

Discepolo y Tania nos traen la embajada del alma porteña

En un “cine” de la Gran Vía han abierto su caja de caudales emotivos Discepolo y Tania. La abrieron con sencillez, sin posturas de gran espectáculo; el valor de su arte no reside en la aparatosisidad, sino en el contacto espiritual que los liga enseguida con el público, y más que con el público, como bien dijera Discepolo al presentarse, con los amigos de las butacas. Porque ellos no han venido en gira de negocios y en busca de palmas; han llegado como conocidos que vienen a agradecer viejos favores otorgados por la aceptación de Madrid a los tangos de Discepolo.

Discepolo, compone; Tania, interpreta. Discepolo crea los motivos musicales que resumen el fondo espiritual de la gran ciudad argentina: Buenos Aires, y Tania les da vida al emitirlos con la emoción que el corazón de cada porteño produce la música nativa.

Uno trabaja para el otro, y ambos viven consagrados a un arte popular que ya no es sólo argentino sino universal. La música es el gran arte sin contornos que vuela y se difunde sin limitación, y la música popular es la canción de los pueblos que va llevando a los otros su posición en la vida. Optimista la música norteamericana, en habla de un impulso titánico; honda y alegre, pausada y rápida, las canciones de España muestran al mundo, en sus diferentes valores regionales, la gran fuerza espiritual del pueblo. El tango no es música argentina: es la canción de Buenos Aires, de la ciudad que amalgama a todas las razas del mundo para ir preparando una recia nacionalidad. Por eso, Discepolo es hijo de italianos, y Tania, española, sin que uno y otro tengan, en su avaloración del ambiente, nada de extranjeros. Son de Buenos Aires, del medio sintético de Corrientes y Esmeralda, las dos calles castizas de la urbe porteña; y ellos expresan en su arte cómo siente y vive esa población de casi tres millones de habitantes que, procedentes de todos los caminos del mundo, han adoptado un mismo gesto, una misión común.

Buenos Aires no es una ciudad triste, como han dado en definir la filósofos, viciajeros y observadores de una sola semana; es una ciudad en formación que vive a impulsos, que sin haber logrado aún del todo su ambición material, menos ha establecido su fisonomía del espíritu. Pero ya posee una personalidad diferencial de población cauta y meditativa, de una gran sobriedad; pueblo poco expansivo y generoso, a la par que desconfiado.

Y esa manera de ser y vivir ha producido en música al tango, un producto nobilísimo en lo que representa de genuino, de sabor ambiente, del cual no entramos a juzgar su valor musical, porque los artes populares tienen una sola medida para juzgarlos: su relación al medio.

Y en ese sentido, el tango es un intérprete fiel y digno del alma de Buenos Aires.

Discepolo es quien mejor ha captado esa emoción del medio. Tania, quien ha cantado con más naturalidad la vida interior del porteño.

A ellos, vabajadores del alma de la ciudad argentina, vabajadores nuestros saludos, luego del resonante éxito alcanzado en el escenario de la Gran Vía.

R. M. L.

Yo bebía tranquilamente mi “whisky” caliente cuando tú entraste

Elka también se había sentado cerca de él, a los pies del ancho catre de hierro de esa pieza de hotel de tercera clase. Ambos estaban ahora tranquilos, casi serenos del todo. Rafael miraba obstinadamente hacia el hueco negro, como un sepulcro, del cajón entreabierto. Elka, en cambio, había perdido sus ojos en una distancia inmaterial, en el pasado que estaba evocando.

—Luego—continuó la mujer, y esta vez su voz se había teñido de una notable dulzura—hablamos. Me contaste tus desdichas, las desdichas de todos los marinos sin contrata, y yo tuve lástima. Eras, además, un muchacho fuerte y agradable, y esa noche, en este mismo momento, esperando el buen tiempo, o sea la primavera, en que la navegación se normaliza, se fletan barcos y los marinos encuentran trabajo. Es lamentable...

—¿Qué es lamentable?—preguntó vivamente Rafael.

—Es lamentable—dijo Elka, echando hacia atrás su hermosa cabellera dorada—, que haya ocurrido este incidente tan estúpido. Figúrate, había llegado la hora de separarnos, después de cuatro meses inolvidables, ¿no es cierto? ¡Cuánto mejor hubiera sido que tú te embarcaras y te fueras lejos llevándote un amable recuerdo de Elka y que Elka se quedara esperando que se cumpliera su destino, pero apretando con emoción el pañuelo con que te despediste! ¿No crees?

Los ojos negros del navegante brillaban en ese momento con extraordinaria luz.

—¿Pero por qué piensas—dijo—que en la primavera necesariamente habíamos de separarnos?

—Porque ese era nuestro destino—contestó Elka, precisa. Porque nada puede prolongarse más de lo necesario, sin que sobrevenga el fracaso... Ya ves, lo que acaba de ocurrir nos indica que nuestras relaciones debieron terminar ayer..., o antes. Habrían tenido un fin más ajustado a la lógica de la vida... En cambio, hoy...

—¿Hoy...?

—Hoy todo es distinto. Yo no soy para ti la Elka bondadosa y casi maternal que conociste. Soy la amante de un ladrón que se ha escapado de la cárcel, como te enteraste por esos papeles. Tú no eres el marino silencioso y hondamente agradecido que se me apareció en los primeros momentos. Eres un muchacho curioso e impertinente que no sabe retener sus impulsos. La separación que se nos viene encima nada tiene que nos haga recordarla mañana como un acontecimiento amable de nuestra vida.

—¿Pero por qué he de separarnos inmediatamente?—dijo Rafael, exaltándose. Los ojos negros estaban a punto de verterse—. ¿Por qué hemos de separarnos ahora? Es demasiado tarde. ¿Por qué hemos de separarnos ahora que nunca hubiera sospechado. Mas, en fin...

—Tenemos que separarnos, ya te lo he dicho, porque ese es nuestro destino y nada podemos contra él. Yo he esperado dos años en este puerto. Cuatro meses he vivido contenta a tu lado. Pero ahora me aguarda la verdadera felicidad. Ese ladrón de que hablabas hace un momento va a venir, ¿comprendes? Se ha evadido y ya debía haber llegado. Lo espero desde hace dos años. Desde ayer estoy atenta a todos los trenes. Aún no viene. ¿Por qué? El camino que él me proponga será mi verdadero camino. Y tú, Rafael, debes irte, contratarte, embarcarte, qué sé yo. Ya no volverás a encontrarme. Puede ser que en otra parte otra mujer te ayude en una circunstancia difícil. Esa no será yo, amigo mío.

Una larga pausa, como una cuchillada silenciosa, cortó el diálogo.

—Bien—dijo Rafael sombríamente, mientras se levantaba de su silla—. Comprendo. Quieres que me vaya, y me voy. Es curioso, pero hace rato que ya no tengo ningún rencor contra ti. Al contrario, siento algo como ternura... Bueno, me voy...

Fué al lavabo, se echó hacia atrás los negros cabellos y se caló la gorra.

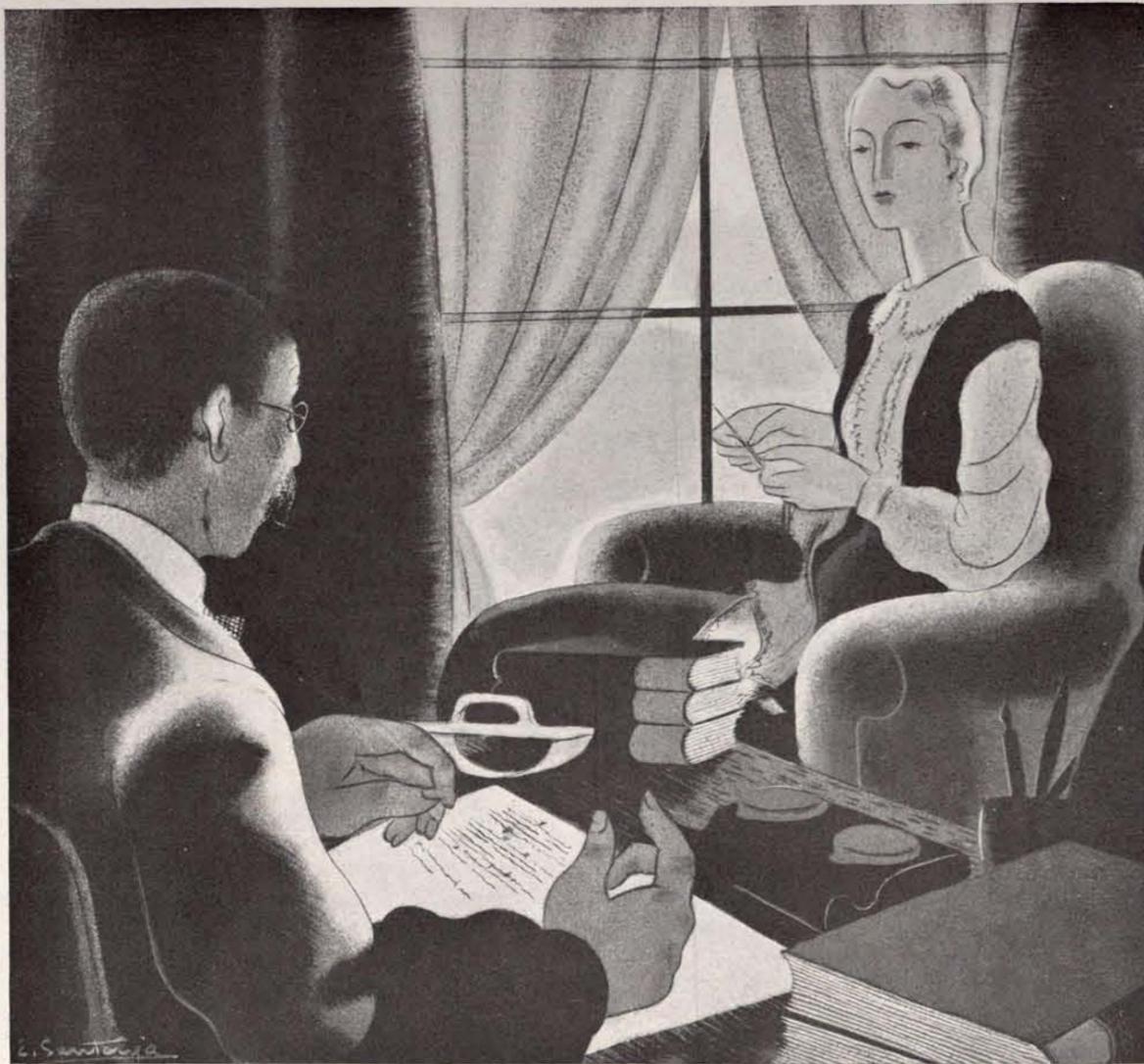
—¡Adiós, Elka!—dijo.

—¡Adiós Rafael!

Se aproximó a ella, la abrazó fuertemente y la besó en la boca. Luego salió.

Con tranquilidad descendió por la angosta escalera los tres pisos que le separaban de la calle. En el hotel se oía apenas uno que otro ruido discreto. Cuando llegó a la acera, Rafael miró hacia la izquierda.

La izquierda era justamente el lado de los muelles, el lado en que los vapores, con un largo y obscuro pitazo, se despiden de la tierra.



LA REGLA INSEGURA

DOR

J. F. ARIAS CAMPOAMOR

Todas las noches se formaba la tertulia, de once a una, en el café del Pasaje. La semana anterior había nevado fuertemente. El Naranco estaba cubierto de nieve. En Fruelina corría un frío terrible de ventisquero.

Aquella noche el café estaba casi desierto. Paco, el camarero, aplicaba el pellejín arrugado y pálido de su rostro contra uno de los cristales del frente, y entreteníase en las idas y venidas del sereno.

Retumbaba, eso sí, la pianola, desarrollando el disco de "Poeta y Aldeano".

Margariños lo sabía de memoria; lo silbaba suavemente, y al silbarlo tenía una extraña significación que sólo Paco conocía.

—¿De coñac, señor Margariños?

—De coñac.

Cuando la pianola tocaba "Poeta y Aldeano", el notario Margariños bebía una copa de coñac, y no podía resistir la tentación de escuchar el rollo en cómoda postura, colocando los pies encima del diván.

Paladeaba la copa a pequeños sorbos y cerraba los ojos.

—Indudablemente—dijo alguna vez en voz alta—, yo debo de ser un poco poeta también.

—Más bien aldeano—rectificó uno de los contertulios, observándole los pies.

El notario no se irritaba nunca. Era un hombre bueno y cronométrico, casi cuarentón y fuerte. En Fruelina tuvo gran predicamento de jurista, hasta que llegó otro más jurista que él y le quitó la fama. Ello no tenía nada de particular en una ciudad donde cada tres años se renovaban las eminencias.

El prestigio que nadie le quitó era el de ser marido de Nieves Menéndez, "miss Avilés" en 1928, una rubia alta y rotunda, con ojos pacientes y claros. Margariños contrajo matrimonio con ella tres meses después de haber sido elegida "miss Avilés". Era natural que así ocurriese: dos años antes Margariños había obtenido la puntuación más alta en las oposiciones directas a notarios. El último ejercicio fué con aplauso de la muchedumbre. Y si entre gentes ilustres hay ciertas interferencias de simpatía, ¡qué menos para un notario de primera que una reina de la belleza!

Cuando Nieves Menéndez atravesaba la calle Uría, o la de Fruela, o Cimadevilla, vibraban los astures de emoción, como si pasase el rey Pelayo. No era ni la "nena interesante" ni el "tipito fino": era la hembra temblona, pisafuerte, colorada, muestra palmaria del vigor de una raza.

Cuando el reloj del café dió la una, el notario se puso el gabán y se calzó los guantes.

Paco le ayudó en la faena.

—Se conoce que hoy, decididamente, no viene nadie.

—¿Quién va a venir hoy, señor Margariños?

—Hasta mañana, entonces.

—¡Vaya con Dios, señor Margariños! Súbase el cuello del abrigo.

Vivía en la calle de Jesús, encima de una confitería, en un piso hondo de una casa reconstruída cuando la revolución de septiembre. Una habitación grande, la del frente, era la oficina, y el resto era propiamente el hogar.

Pero como Nieves gustaba de ver atravesar la calle a las demás mujeres, y también le gustaba ser mirada por ellas y por ellos, que no en tonto poseía un título de reina de la belleza, pasaba el día haciendo que hacía ganchillo en la oficina, junto a una de sus ventanas, con detrimento, sin duda, del buen arreglo y acomodo del hogar propiamente dicho.

Como los asturianos son gente llana y campechana, no les parece mal que una notaria carezca de entonación elegante, aunque el notario sea de primera y joven; no echa de menos el despacho estilo Renacimiento, la mecanógrafa, el teléfono, el tresillo comodón y renchido; el asturiano es hombre práctico, que le gusta que las escrituras no se hagan con trampas, sin que le importe que la notaria tenga el aspecto de un cuartito de estar, con una camilla en el centro para jugar a la brisca al calor del brasero.

Claro que Nieves atraía la atención y admiración de las "partes contratantes" y de los "testadores", si bien, como no hablaba, como no intervenía en las charlas de negocios jurídicos ni en las del sobrenegocio cuando se firmaba el documento y se encendía el cigarro puro, pronto las "partes contratantes" y los "testadores" dejaban de ocuparse de ella.

El otro personaje era en absoluto insignificante. Se trataba de Candaosa, el escribiente. Había sido antes empleado de la secretaría de la Audiencia, después estuvo con un procurador y últimamente vino a parar con el notario Margariños, porque le pagaba treinta pesetas más.

Candaosa escribía de un modo incansable, sin levantar cabeza; escribía correctamente en lenguaje jurídico. No era abogado. Como si lo fuese, sabía mucho más de los intrínsecos del "jus" que muchos presumidos abogadetes que

en la Audiencia se las daban de Justinianos. ¡Lástima de aquel defectillo!... Un bigote rojo y canoso le tapaba la boca y se enhebraba con la comida en la hora de la merienda: trocitos de tortilla fría caían sobre las hojas de los documentos, y allí se quedaban. Con los manguitos de negro satén, generalmente barría los desperdicios; pero otras veces se olvidaba de las migas, y esto era, al observarlo Margariños, el principio de una serie de agresividades del jefe al subalterno. Candaosa, comprensivo de su torpeza, humilde como San Francisco, soportaba las injurias silencioso y con la cabeza gacha. No discutía, ni negaba la paternidad de los pedacitos de comida fiambre.

Al fin, esta mansedumbre desarmaba al señor Margariños, puesto que ya sabemos que el notario era hombre bondadoso, pulcro y cronométrico.

La lengua de Margariños seguía profiriendo insolencias sin acritud. Es muy cómodo insultar a un tímido cuando el tímido no se revuelve en legítima defensa.

—Señor Candaosa: ¿me podría usted decir qué trabajo le cuesta ser limpio? Porque usted, señor Candaosa, es inmensamente sucio. Lleva usted un bigote de tamaño tal, que no hay carabenero capaz de llevarlo sin rubor. Come usted a las cinco de la tarde una tortilla aceitosa que produce náuseas hasta a los tomos del Protocolo, y después de comerla, con los dedos pringosos, continúa usted escribiendo.

—Tiene usted razón: soy un poco descuidado.

—¡Habría que ver cómo vive usted!

—Comprendo, señor Margariños...

—¿Por qué no se casa usted?

—¿Casarme, a mis años? Tengo medio siglo y, además, soy pobre... ¿Qué mujer iba a quererme?

—Ahora soy yo el que comprende... ¡Qué mujer iba a quererle!

—Claro, claro...

—Pero no es la pobreza, ni la avanzada edad, con respecto al matrimonio, lo que dificultaría su hallazgo de mujer. No. Hay cincuentones limpios y correctos que tienen gran partido entre las mujeres. Pero lo que la mujer no tolera nunca es la porquería. Créame, señor Candaosa: ahí está la clave de la escasa fortuna con el bello sexo, que yo adivino a través de sus amargas frases...

Lo que más dolía a Candaosa era la presencia de Nieves Menéndez en estos diálogos donde tan mal parada salía su limpieza y hasta su valor personal, ya que jamás le oía defenderse como se defienden los hombres cuando son menospreciados en presencia de una mujer bonita.

Y transcurrieron largos meses sin que "miss Avilés" terciase en el diálogo. Nunca corroboró las afirmaciones del marido, y eso que tales problemas de asepsia tienen dogmas en la cultura popular. Discretamente, piadosamente, fingía no oír.

Al anochecer marchábase Margariños y quedaban solos Candaosa y Nieves, porque el escribiente no suspendía su trabajo hasta poco antes de la hora de la cena, aunque el jefe le dijese siempre:

—Puede usted dejar eso, Candaosa. Vaya a dar una vueltecita por el Bombé.

Pero no se iba... ¿Qué le importaba el Bombé? Ni el "cine", ni el café, ni la casa de huéspedes. Su felicidad consistía en redactar muchas escrituras, mientras la imaginación, en los ratos que cesaban las agresiones de Margariños, volaba, como la imaginación de todos los solitarios, hacia quién sabe dónde...

Un anochecer ocurrió un apagón de luz. Duró más de media hora. Y entonces, Candaosa, a solas con Nieves (absorta ésta sobre el cristal de la ventana viendo el desfile de las gentes hacia la próxima iglesia de Jesús), sintió cómo la timidez de su espíritu se le escapaba por la nuca y un temblor de confidencia le hacía cosquillas en los labios.

Sin verse claramente las caras, hablaron.

—Usted, doña Nieves, tendrá de mí el peor concepto del mundo.

—¿Por qué dice usted eso, Candaosa?

—Por... ya lo sabe usted... Por esos adjetivos que diariamente me dedica su marido, seguramente con mucha justicia, aunque nada gratos.

—¿Cuáles adjetivos?

—¿No los recuerda? Los que se refieren a mi limpieza.

—¡Ah, sí, claro! Cada cual opina a su modo...

—No; en eso, no, señora... En esas cosas no son lícitas otras opiniones que las del señor Margariños. Se es limpio o se es sucio. Los hombres limpios son los hombres gratos en sociedad, los que triunfan con las mujeres...

—Yo no sé, Candaosa, si mi marido tiene razón o no; pero si la tuviese, ¿qué trabajo le cuesta a usted afeitarse ese bigote, que le hace a usted más viejo, y lavarse las manos cuando termina usted de comer su tortilla?

—Ningún trabajo, ciertamente. Pero si viera usted, señora Nieves, la importancia en la vida de un hombre de no haber tenido en la niñez una madre que le enseñe a lavarse, en la juventud una novia a quien gustar y en la